

LAS AVENIDAS DEL ESPACIO PÚBLICO Y EL AVANCE DE LA EDUCACIÓN CIUDADANA

Gabriel Salazar*

I.- Macro-educación y macro-pobreza 30 años después

EN LAS ÁGORAS DE LA POLÍTICA, desde el siglo pasado, se puede oír en Chile un honorable estribillo, entonado cívicamente como himno de perogrullo: «con más educación, los pobres podrán superar su condición de pobreza». Encendido con ello el populismo de todos, uno tras otro, los gobiernos chilenos se han esforzado por incrementar la cobertura (es decir: la superficie vertical y horizontal) del sistema nacional de educación. Así fulguraron las consignas del «Estado Docente» (1925), de «gobernar es educar» (1939), de la «planificación educativa para el desarrollo» (1964) y, culminando, de la «educación liberadora» (1967). Y no está fulgurando menos hoy (1995) la consigna cibernética (INTERNET) de «educación interactiva para todos». Como efecto de tales opciones, al sistema nacional de educación se le han asignado recursos —según se ha dicho— de privilegio, que deberían computarse no sólo como extraordinarios, sino también, tómesese nota: como solidarios. Es legítimo, pues, preguntar: ¿se ha logrado, al cabo de tales y tantas gestiones —de tan significativa excepcionalidad y honesta solidaridad—, que los pobres superen su condición crónica de pobreza?

La respuesta fue dada en 1990:

(la mayor cobertura) no se ha traducido en un decrecimiento correlativo de los niveles de pobreza. El supuesto predominante según el cual, a más educación corresponde menos pobreza, se ha revelado insuficiente.¹

Y en 1995 se tiene, además, otra respuesta: las grandes políticas nacional-educativas (macro-educación) sólo han conseguido, de un lado, elevar el nivel educacional medio de desempleados y subempleados («peonaje ilustrado») y, de otro, generar, en la cumbre de la pirámide ocupacional, una avalancha de títulos, grados y postgrados; cuyos rebales forman techos infranqueables para los sub-contratados de más bajo rango educativo. La catarata en caída libre de los «sobrecalificados» ha tornado impracticable el ascenso vertical de los «subcalificados».² De este modo, cabe concluir, la costosa expansión de los servicios macro-educativos, pagada para 'integrar' a los pobres al sistema central, no ha coadyuvado a ese fin sino, más bien al contrario, ha bloqueado los flujos ascendentes de la movilidad social vertical. Los estribillos parlamentarios son apenas un frágil juguete en la poderosa dialéctica de la historia. Pues la macro-pobreza permanece, pese a la macro-educación.

¿Y qué ocurrió con la macro-educación «liberadora» proclamada por la (heroica) generación del '60? También, según se recuerda, fue una 'costosa' gestión pública y privada, que irrogó, para muchos, excepcionales derroches de energía ética y entrega solidaria. Y a menudo, de la propia vida. Pero hoy es evidente que tal esfuerzo no rindió frutos en la construcción de una sociedad propia, expansiva y solidaria, dado que, predominantemente, se orientó a disciplinar las masas para alcanzar objetivos políticos (toma del 'poder central', ruptura y cambio del 'sistema central'). Y dado que la política se entendió, mecánicamente, más como un arte militar (destrucción del enemigo) que como un saber auto-educativo (desarrollo del proyecto propio). En ese contexto, en el discurso popular, se diluyó la parte (lo propio) en el todo (el Estado, el Sistema Capitalista, el Imperialismo, la Revolución, etc.), lo local en lo nacional o lo internacional, lo concreto en lo abstracto, y los sujetos reales en la organización política. La macro-educación «liberadora», por eso, puso cabeza abajo, en sus propias premisas, el principio básico de toda educación popular: la liberación como auto-desarrollo individual y colectivo desde lo particular a lo

* Historiador y sociólogo Doctorado en Historia Económica y Social en Universidad de Hull (Inglaterra). Investigador de SUR Profesionales, Santiago.

1 J. E. García-Huidobro & L. Zúñiga: *¿Qué pueden esperar los pobres de la educación?* (Santiago, CIDE, 1990, p. 7).

2 G. Salazar: *Los pobres, los intelectuales y el poder* (Santiago, PAS, 1995, passim).

general. La derrota factual puso abrupto fin a este macro-proyecto. Y la derrota es siempre, a nivel de los sujetos reales, la negación categórica de sus prácticas educativas. Aquí, también, la dialéctica de la historia fue más fuerte. No es extraño que, tras el derrumbe, los buitres filosóficos de la deconstrucción se hayan ensañado con su recuerdo.

Algo anda mal, pues, o con los políticos (solidarios), o con los educadores (solidarios), o con el honorable y centenario estribillo de marras. ¿Es, acaso, el fracaso de todos los programas macro-educativos? ¿Es que la educación —como quiera que se la defina— nada tiene que ver con la posibilidad de superar la pobreza y la exclusión? ¿Significa que también la llamada «educación popular», que refloreó en Chile a fines de los '70, ha colapsado junto a los «grandes relatos»? ¿O es que la educación y la suerte de los pobres no están necesariamente enyugadas a la vida, pasión y muerte de esos «grandes relatos»?

II.- Educación Popular e historia 150 años después

El Sr.K. caminaba por un valle cuando de repente notó que sus pies se hundían en el agua. Entonces comprendió que su valle era en realidad un brazo de mar y que se acercaba la hora de la marea alta. Se detuvo inmediatamente para echar una ojeada en torno en busca de una barca. Y permaneció inmóvil mientras esperaba encontrarla. Pero cuando se persuadió de que no había ninguna barca a la vista abandonó aquella esperanza y confió en que el agua no subiría más. Sólo cuando el agua le hubo llegado al mentón abandonó también esta esperanza y se puso a nadar. Había comprendido que él mismo era una barca.

Bertold Brecht

Al repasar la historia de la «educación popular» chilena sobresalen algunos hechos significativos, que parece necesario registrar y repensar:

a) las prácticas de auto-educación popular no nacieron en Chile a fines de la década de 1970, en contraposición a la dictadura del General Pinochet, sino a mediados del siglo XIX, en contrapunto con la versión epocal del capitalismo liberal chileno. Su historia es, pues, larga, y se ata dialécticamente a los avatares de ese capitalismo. No se explica (ni se agota), pues, por referencia a una coyuntura determinada o a explosiones puntuales de activismo solidario, sino por referencia a un complejo conjunto de situaciones históricas de larga duración, que es preciso examinar;

b) no se encuentra en la historia de la educación popular chilena, sin embargo, actitudes homogéneas de contrapunto frente al sistema liberal dominante. Esas prácticas no han sido, ni consistentemente subversivas (aunque a menudo sí), ni persistentemente alternativas (aunque no hay pocas), puesto que, en la mayoría de los casos, han involucrado desarrollar conductas y procesos que han complementado y cubierto en parte los déficits del sistema, y sobre todo, que han activado un proceso de desarrollo económico y social 'desde abajo'. La educación popular ha asumido la contradicción entre los sujetos populares y el sistema liberal desplegando cada vez, según las circunstancias, actitudes y prácticas distintas, que no significaron, necesariamente, enrielar los pasos por los desfiladeros antagónicos del conflicto;

c) se observa también que la «auto-educación popular» ha operado concurriendo, en un mismo terreno social e histórico, con la «educación popular» desplegada por el Estado como parte de una lucha política contra la pobreza, la inmoralidad y la marginalidad. Esta concurrencia ha sido menos tensional y competitiva de lo que podría creerse. No se ha dado ni una división del trabajo ni un antagonismo cultural militante, sino, más bien, una convivencia confusa, la que —y esto sí se observa como frecuente— ha tendido a ser más paralizante para la primera (auto-educación popular) que beneficiosa para la segunda (educación popular estatal), por lo que puede decirse que esa convivencia confusa opera en la práctica como una 'alienación desde la derecha';

d) se la ha visto también confundida o diluida al interior de programas orgánicos, ideológicos y programáticos de «educación política», diseñados para disciplinar bases sociales bajo la égida de

organizaciones partidarias que compiten entre sí por conquistar, a través del Congreso Nacional o no, las cúpulas del «poder central»; esto permite señalar que este tipo de confusión ha operado como una 'alienación desde la izquierda';

e) en ciertas coyunturas históricas, la «auto-educación popular» se ha orientado a recomponer identidades básicas, instituir espacios mínimos, incrementar auto-estimas erosionadas, fortalecer estrategias de sobrevivencia, amparar grupos de resistencia anti-dictatorial, etc. Han sido actividades de emergencia, de halo heroísta, de gran legitimidad, necesarias, pero, en definitiva, de escasa proyección histórica trascendente. A menudo, estas prácticas han favorecido más la prosperidad de los profesionales y voluntarios que han 'apoyado' esas tareas —bifurcando el objetivo neto— que la del propio movimiento popular;

f) más recientemente, muchas prácticas de educación popular se han refundido en los bordes performativos de las políticas sociales del Estado, coadyuvando en la tarea de llenar supletoria y subsidiariamente sus múltiples vacíos de 'legitimidad', 'participación' y 'eficiencia'. Tal disolución ha producido el naufragio de los talleres auto-educativos y el despegue de verdaderos enjambres de agencias consultoriales privadas, que hoy se adhieren, mercantilmente, a los ensanchados panales de licitación que flanquean las fronteras entre el Estado neoliberal y la sociedad civil.

Es claro que, considerando lo anterior, la auto-educación popular no ha practicado orientaciones educacionales unívocas, ni ha sido consecuente en perseguir trascendencias históricas exclusivas. No ha pretendido instituirse como una ciencia autónoma, diferente, autocontenida. Y no porque ello, tal vez, no haya sido posible, o porque en sí misma sea intrínsecamente inestable, sino porque la historia global, para ella —como para todos los pobres— ha sido y es un mar demasiado jurásico (ancho y revuelto) como para que los frágiles faluchos de 'lo educativo' puedan recorrer sus rutas haciendo mar al navegar. ¡Si aun las grandes estructuras de la modernidad, vigentes por tantos siglos, flotan hoy sobre el tiempo jurásicamente! No es útil, considerando eso, derrochar grandes esfuerzos en construir una Teoría de la Educación Popular auto-referida, *per se*. La auto-educación popular no tiene que cristalizar en saber puro, ni el saber social que emanciparse u objetivarse en una empresa académica pública, ni transformarse en una autoridad docente, para que los sujetos sociales puedan construir por sí mismos, con más eficiencia, su propia identidad futura, tanto individual, familiar como colectivamente. Nadie tiene que construir esperanzas en base al hallazgo de barcas o al descenso espontáneo de las mareas.

Es preciso ceder el punto: la auto-educación popular, como tal, debe renunciar a su ficha de «gran relato». Al barroco de sus arcos superlativos. A sus pretensiones de 'disciplina autónoma'. Debe asumir su *locus* real (social, no académico), su tiempo único (las fracturas astilladas de la utopía) y su diversidad intrínseca (su actualización permanente, no su esencia incambiable). La auto-educación popular no tiene que recuperar los valores universales a través de sí misma, ni siquiera a través de los sujetos reales (los pobres, los marginales, los ciudadanos, las masas consumidoras). No. Al contrario: son los sujetos reales los que, para recuperar su proyección trascendente en la historia, necesitan activar prácticas auto-educativas. Y ésta no es una tarea unívoca sino multívoca, y no prefijada desde lo teórico, sino convergente desde lo práctico.

La educación popular no es una barca. Los sujetos reales sí lo son.

III.- Modernidad y sujeto social mil años después

Nadie podría negar que hoy, en el mundo y en Chile, se están viviendo cambios de trascendencia. Tan profundos, que no se logra detectar su real sentido. Como que no se hallan en la memoria parámetros capaces de medir la latitud y longitud de lo que está cambiando. El carro de la historia, pese al augurio consultorial de algunos, no se ha detenido, y como el mítico Juggernaut de la India, sin estrépito pero avasalladoramente, ha reanudado su marcha, descabalgando aurigas y atropellando incautos y comparsas. Desorientados por las rotaciones del mismo horizonte, los conservadores han perdido su parsimonia y los revolucionarios su ira. Nadie sabe cómo y dónde actuar el libreto que memorizaron ayer. Es cierto que, en este tráfigo, hay ganadores y perdedores; pero los que se creyeron ganadores ya están perdiendo, a sólo

seis años de su máximo triunfo (la caída del Muro de Berlín), su confianza en el futuro, y los perdedores, apenas un lustro después de su resposno, sienten de nuevo el escozor de sus esperanzas subversivas (Cumbre Social de Copenhague). La historia, que algunos creyeron matar, goza de buena salud.

Se está frente a una «gran transformación». Con todo, frente a ella, poco a poco, los sujetos han ido adoptando actitudes tipificables, tendencias de adaptación y conducta que, poco a poco, entre ellas mismas, están articulando el rompecabezas de una nueva 'trama histórica'. De un nuevo cuasi-gran relato. Es decir: una contracorriente perceptiva y actitudinal, típicamente humana, cabalgando sobre la marejada jurásica de los cambios. Es de interés registrar tales actitudes:

a) está la de aquellos que han optado por pesquisar arqueológica y genealógicamente el advenir de esos cambios, intentando, por ese medio (todavía) racional, crear un saber que impida su (peligrosa) mitificación;

b) y está la de aquellos que, por el contrario, han asumido los cambios no como un proceso de continuidad entre pasado y futuro, sino como una fractura perpendicular sin fondo ni tiempo, que, por ello, desata la abolición del sujeto histórico, del pasado, y la anonadación del futuro;

c) y está la conducta de aquellos que, sintiendo revuelto el brazo de mar que los inunda, se han transvestido, oportunamente, en vanguardistas pescadores de lo nuevo y en amnésicos fondeadores de lo viejo;

d) y está también la actitud de los muchos que dejan traslucir, simplemente, su incertidumbre, su melancolía derrotada, o su porfiada letanía ortodoxa, o su olfateante búsqueda en cada rincón, siempre reacios a abandonar al viento los andrajos de su histórica identidad.

'a'

Es de interés consignar, resumidamente, el trabajo de sociólogos como Pakulski, Walters, Harvey y otros —por ejemplo— que definen el primer tipo de actitud frente a los cambios. Para ellos, estamos al término de una época (la modernidad) y al inicio de otra (¿cuál?). Se trata de cambios de larga duración, cuya dirección teleológica, por ahora, no es previsible. Son procesos abiertos, que no empujan puntos Omega, aunque sí arrastran puntos Alfa, es decir: un largo milenio histórico (empírico) de modernidad. No se puede, por tanto, establecer la dirección de los cambios (su Omega), pero sí el gerundio interno de su movimiento, su ciclo mayor de expansión y caída, perfilado por su Alfa. Es posible, por tanto, medirlos con parámetros históricos objetivos. De modo que no cabe una actitud de «fin de la historia» sino otra, más simple, de precisar concretamente qué es lo que está cambiando con respecto al milenio conocido. ¿Y qué es, pues, lo que está cambiando?

Primero: el Capital, que, de dominado por la infraestructura productiva (local), es hegemonizado hoy por la superestructura mercantil, financiera y comunicacional (global), al punto que son los operadores internacionales de los «fondos de pensiones» los que controlan (o administran), tecnocráticamente, el poder económico, y no los arcaicos «propietarios del capital productivo».

Segundo: la Estructura de Clases, debido, sobre todo, a los cambios ocurridos en las órbitas gravitacionales del capital. Así, la burguesía se diluye detrás de la prepotente pléyade de «operadores a futuro». La vieja y estatalista clase media burocrática, por su lado, se desmorona al ser sobrepujada por los privatizados e inclasificables profesionales *free lance* y también por los (sospechosos) trabajadores sociales que, nadie sabe cómo, están allí restañando las porfiadas hemorragias pauperizantes del mercado. Más abajo, el añoso proletariado industrial se torna liliputiense delante de las agigantadas masas de temporeros, subcontratados y neo-marginales, mientras los arcaicos campesinos se pudren en los suburbios de las megalópolis. Las clases sociales, sin ningún respeto, han sido revolcadas y desarticuladas: hoy están irreconocibles. Así, a causa de ello, ya no hay identidades colectivas con suficiente capacidad de aglutinación; los cambios han tornado gelatinosas todas las viejas estructuras sociales.

Tercero: el Estado, debido, sobre todo, a la creciente hegemonía del mercado globalizado y al temor, ya bastante computado, a un probable asalto de las masas marginales a los 'centros' más visibles

del poder. El Estado ha debido desconcentrarse (tornarse transparente e históricamente invisible) y deberá seguir desconcentrándose, sobre la base de «devolver» poderes al mercado mundial, a las agencias privadas, a los gobiernos locales y —quíeralo o no— a los propios ciudadanos. Esto ha traído y traerá consigo la desfuncionalización de la clase política civil auto-referida (primero), y de la clase política militar nacionalista (después); con la consiguiente sorda crisis de representatividad e incluso de legitimidad del sistema político.

Cuarto: la Cultura, debido, principalmente, al deterioro de los grandes relatos, que, antes, la imantaban creativamente a lo largo del tiempo histórico. Hoy, sin magnetismo longitudinal, la creación cultural se deja llevar por la rosa de los vientos, sin nortes ni propio sentido, sin sustancia de tiempo, sin antes ni después, como un sincretismo caótico que se ahoga, no importa si en éxtasis o en metástasis, en cada uno de sus multiplicantes pero solitarios fragmentos.

Quinto: el Espacio, la Ciudad. Porque, según se ve, están desapareciendo, una a una, las grandes plantas industriales y sus abigarrados barrios obreros. Los grandes centros cívicos del Estado achatan su perfil a ras del pavimento. La comunicación inalámbrica domina el espacio, arrasándolo todo. Los automóviles y los supermarkets han saturado el espacio público. Los ciudadanos se repliegan al interior inocuo de sus condominios. El conflicto social ha perdido todos sus escenarios públicos, y se diluye, desgranulado, en millones de poros, alvéolos e intersticios privados y semi-privados. Como si la Ciudad, dotada ahora de fauces antediluvianas, devorara a todos sus ciudadanos, como un monstruo perfecto, ignorado por sus propio cáncer.

Los cambios, señalan estos autores, aparecen, a primera vista, como irreversibles. Sin embargo, agregan —y esto es de enorme importancia— son descriptibles. Se dejan conocer. La elasticidad del saber, una vez más, no ha sido sobrepujada. Ha sondeado, con perspectiva en Alfa, el gerundio histórico de esos cambios. Y está trazando su cartografía global. *Cabe ahora actuar sobre ellos*. Y aunque esto no es fácil —pues no existen experiencias pertinentes al respecto— es posible ya perfeccionar estas primeras percepciones y el saber social conjunto capaz de, a futuro, domesticarlos. Pese a quien pese.³

'b'

El segundo tipo de actitud está tipificada, sobre todo, por la producción filosófica de autores como Foucault, Lyotard, Derrida, Baudrillard y otros, amén de la de sus miles de seguidores. Asumiendo los grandes cambios como un sólo bloque histórico, estos pensadores han reaccionado, siempre de cara al público, proponiendo una filosofía brillante —¡qué duda cabe!—, pero alegórica, puramente hermenéutica y, en definitiva, estéticamente mitificadora. Pero no mitificadora del sentido constructivo de los cambios, sino del deconstructivo. La historia —advierten— está en franca dispersión, centrifugada al infinito por un ciclón de bofetadas sin dirección teleológica. El tiempo, violentado, se comba sobre su espinazo, girando inútilmente hacia atrás y sobre sí mismo. La realidad estalla en una pléyade de simulacros, en una hiper-realidad que disuelve las relaciones sociales y los mismos sujetos. El hombre se siente vaciado de identidad, y aherrojado por una vorágine de discursos todopoderosos e inocuos juegos lingüísticos; mientras el Poder, desconcentrado y desencadenado, fluye libremente a través de todos y cada uno de los sujetos, reduciendo todo a vehículo simple y transparencia total. La comunicación y el panoptismo —las supercarreteras del poder— dominan todo, sobre un espacio reducido a nada, y a nadie, etc. Sin duda, no es necesario ser irrespetuoso para sentir que ésta no es una filosofía del cambio o de la historia, sino un discurso marketero estéticamente impecable, destinado a paralizar el oleaje social y optimizar la soberanía (ahistórica) del Mercado.

'c'

³ Entre otros: S. Crook, J. Pakulski & M. Waters: *Post-Modernization in Advanced Society* (London, 1992); A. Giddens: *La estructura de clases en las sociedades avanzadas* (London, 1973 y Madrid, 1979); A. Callinicos: *The Changing Working Class* (London, 1987); y D. Harvey: *The Condition of Postmodernity* (London, 1990).

El tercer tipo de actitud corresponde a aquellos políticos y *businessmen* que se han montado, tan gallarda como oportunamente, sobre cada embravecida ola de 'lo nuevo'. Agarrándose a las crines de la 'modernización permanente'. Impulsados por la energía subyacente a no importa qué cambios. Así, con el rostro y el perfil inflamados de velocidad, no trepidan en ahogar despiadadamente 'lo viejo' y en desprenderse fríamente de 'los frenos'. En ellos, el cambio se hace poder, y la novedad, disrupción. Pues, cuando la historia hace hervir de nuevo su sangre jurásica, recobra sus cuernos transgresores: el novedismo desatado, y el poder disruptivo, componentes indisimulables de la cabalgata liberal. Es decir: el autoritarismo y el neocentrismo (infaltables padrinos invitados en el festín de todo dragón o jaguar triunfalista) descuartizadores de lo histórico y lo social. La 'renovación desatada' no es, por ello, progresista, sino conservadora y reaccionaria, puesto que, en su ceguera atropelladora, so pretexto de ahogar las tradiciones retrógradas, ahoga también la resistencia que ejercen contra ella los *valores permanentes* que por ella son oprimidos y vejados. Y no se deben confundir aquellas tradiciones con esos valores. Por ello, en el novedismo, la militancia triunfalista no es más que otra manera de estar al margen del tiempo y de la historia; es decir —aunque parezca paradójal—, ausente del futuro. El oportunismo novedista de políticos y *yuppies* no es, pues, en este sentido, subversivo, sino represivo. Es otro de los «simulacros» del modelo liberal.

'd'

El cuarto tipo de actitud —tal vez mayoritaria— es la de aquellos que, si bien son arrastrados por los cambios, flotan sobre ellos, sostenidos por una insepultable melancolía histórica. Incapaces de nadar contra la corriente, pero al menos capaces de no dejarse devorar por la hiper-realidad. Nadadores lentos, sin velocidad disruptora, pero con esa capacidad mínima necesaria para conservar alvéolos de vida propia y producir burbujas de realidad social. Humo propio, quizá, visible desde corta distancia. Volutas valóricas de pulsación cercana. Nada capaz de desafiar nada, pero nada entrejida entre un antes y un después, entre una idea y una acción. Podrán decir: «son simples pirigüines despolitizados, consumidores a pesar de todo, apáticos, anómicos, inermes frente al poder de las Pantallas y el Mercado». Díganlo, si quieren: son pequeños, pero no tontos. Pues, para empezar, no son androides de realidad virtual. No habitan pantallas ni circulan por redes inalámbricas. Comportan sangre y proyectan vida, y por eso, conservan intactas las células básicas, autónomas, del Saber. Es decir: de su propia auto-educación. Y esto no es poco decir: eso es Poder.

IV.- El conflicto de los saberes o la historia después de la historia

Si el derecho del pueblo a determinar su propio desarrollo es reconocido, entonces el derecho del pueblo a determinar su propia producción de conocimientos y su propio aprendizaje debe ser también reconocido. La educación debe ser un proceso de desarrollo de poder, y la educación participativa es una forma de lograrlo.

(B.van Leer Foundation: *Newsletter*, 79)

Cuando los procesos de cambio sobrepasan los parámetros de referencia —anegando las conciencias estatutarias—, sólo el saber puede flectarse tanto como para rodearlos, conocerlos y supervisarlos. Pero no el saber rígido, enrejado entre métodos represivos y aprisionado en aulas multiseculares, ni el saber punta-de-lanza que arrasa por delante de cada modernización, sino ese saber tibio y maleable que late dentro de cada vida. Saber sin reglas y alabardero de nadie, pero saber que sabe de todo, puesto que es el ser por sobre todo.

Hoy, cuando los cambios arrecian aventando las centenarias estructuras del saber, los hombres se reagrupan, como náufragos, sobre los distintos islotes flotantes que dejó tras sí el ventarrón. Pues ya no hay un solo paradigma cognitivo dominante —como en el apogeo de la modernidad— sino varios sin poder de hegemonía. Los cambios no sólo han pulverizado los grandes relatos de desarrollo o liberación, sino también la pretensión monopólica de los orgullosos paradigmas académicos. Sobre todo, de los que

se tornaron rígidos sirviendo al poder. Sin embargo, el saber no es hoja al viento: no se ha evanescido. Sólo ha perdido su unidad. Se ha fragmentado. Y ahora, separados, sus islotes se disputan entre sí el único camino a una nueva hegemonía: el conocimiento y supervisión de los procesos de cambio que provocaron, precisamente, la pulverización del saber. Existir recuperando vida reciclando su propia muerte, como Sísifo, es ésa la única sustancia y el único destino del saber.

¿Cuáles son los paradigmas fragmentarios que disputan por ese camino?

a) El paradigma consultorial. Este tipo de saber es esa punta de lanza (históricamente ciega) que el roce tantas veces transgresor de las modernizaciones y de la 'renovación permanente' ha convertido en acero diamantado. Es un saber que no busca verdades respecto a grandes preguntas, sino resultados para micro-problemas. Y no lo motivan los misterios de la vida, sino los pragmatismos del mercado. Por ello, no trabaja para la Humanidad o la Juventud, sino para sus Clientes. Y aunque puede estar al servicio de las 'políticas' del Estado (dentro del Presupuesto), no está en realidad al servicio del Estado en tanto no está al servicio de los 'valores' de la Sociedad (fuera del Presupuesto). En tanto ciencia definida por su aplicación más que por su investigación, puede controlar la producción de resultados puntuales óptimos, pero no puede controlar la producción de resultados globales, porque no tiene percepción de globalidad. En este paradigma, la totalidad no es otra cosa que el automatismo ciego del *laissez faire*. Por ello, para este saber, no tiene sentido ni la acumulación ni la totalización del conocimiento: ni para alimentar un corpus teórico central, ni para amasar un gran bolo cultural educativo; de modo que su historia general no es más que la historia de su permanente destotalización; es decir, de su permanente suicidio capilar inverso. Por todo esto, la ciencia aplicada por la ciencia aplicada es, también, un gran (anti) paradigma, peor que aquél —hoy proscrito— de la teoría por la teoría, pues no tiene real capacidad de reproducción ni en la educación ni en la juventud sino, principalmente, en el productivismo puro de los negocios. En rigor, es sólo un saber mercantil.

b) Originado en las grandes preguntas del Ser e impulsado por las grandes interrogantes de la Sociedad, el paradigma 'académico' creció y se consolidó hasta alcanzar una estatura institucional similar —en muchos sentidos— a las del Estado y del Mercado. Es decir: pudo generar su propia cáscara protectora y auto-contenerse, aisladamente, en ella. Allí, preguntas y respuestas perdieron su frescura cotidiana, y se profesionalizaron como 'ciencias'. Surgieron eruditos e intelectuales. Universidades, bibliotecas, museos, rectores y jerarquías académicas. Es cierto que el proceso del saber continuó por siglos referido, como al principio, al ser y la sociedad, pero también es cierto que eso ocurrió mientras se desarrollaban nuevas y nuevas cáscaras de enclaustramiento: conceptos de refinamiento esotérico, jergas exclusivas, libros inhallables, verdades de archivo, sabios inaccesibles, metodologías draconianas, saber ortodoxizado, estudiantes sujetos a penalización, grados y postgrados nobiliarios, etc. Era la teoría por y para la teoría. Los claustros académicos se hallaron, así, situados en el mismo conspicuo ayuntamiento que los tabernáculos del poder político y los cenáculos del poder mercantil. O sea, cada vez más divorciados de las desenclaustradas plebes ciudadanas. No es extraño que, por eso, el paradigma académico terminara por fusionar las preguntas totales del ser y la sociedad con las preguntas totalizadoras del Poder Estatal. Y que la 'universalidad' académica concluyera encasquetándose los mismos perímetros que la 'concentración del poder'. Pero cuando las preguntas del Poder Mercantil comenzaron a imponerse atropelladoramente por doquier —hasta vencer, a nivel mundial, en 1989, entonces las preguntas por el Ser y la Sociedad se volvieron anti-económicas, y el paradigma académico, totalizado como cualquier otro ítem dentro del presupuesto público, inició su desmoronamiento financiero. Es que las consultoras ganaban por todas partes la licitación de las preguntas mercantiles. La crisis del paradigma académico, por tanto, no se planteó en el terreno de sus preguntas clásicas (habría sido salvaje atentar contra una respetable tradición milenaria), sino en su sobrevida institucional. La andanada post-modernista de los filósofos deconstructores, que no tenía ni tiene *aplicación* práctica (comercial) sino política (es el actual 'opio' del pueblo estudiantil), no se instaló por tanto en las florecientes consultoras mercantiles sino en las universidades en trámite de quiebra. Es que el Deconstructivismo no ha sido sino, o el cañonazo póstumo de los 'grandes relatos', o las salvas disparadas desde el pasado derrotado en honor y gloria del presente triunfalista; en cualquier caso, por la escala de

operación del deconstructivismo (no menos que cósmica) sólo podía tener cabida bajo las gólicas campanarios de la vieja Universidad. Y éstas recibieron con no disimulada gratitud esta nueva (e irónica) tabla de flotación. El paradigma académico está, pues, flotando por su propia vida, ayudado por una anti-teoría que niega la vida.

c) El paradigma cognitivo estatal. Durante siglos, el Estado ha sido un productor de normas y decisiones, y éstas, de algún modo, se pronuncian y promulgan como 'saber'. Es el saber 'prescriptivo', que se formula como verbo oral o escrito, pero para ser escuchado, aprendido y obedecido como auténtica verdad terrenal. Se está aquí frente a la sustanciación histórico-cognitiva del principio de autoridad. Como tal, es un saber que no está compelido —como el consultorial o el académico— a dar cumplida cuenta de su modo de constitución. Su modo puede permanecer en las sombras, ignorado o secreto, a menos que una demanda judicial inicie una investigación *a posteriori* o el hazmerreír del público genere alguna duda global. Normalmente, sin embargo, se constituye mediante una revelación divina, o a partir de un sueño nocturno. O en base a cuchicheos de amigos, correigionarios, espías o consejeros. O en base a leyes recogidas en libracos polvorientos. O como humo blanco brotado de lenguas discusiones de ancianos, arcontes o senadores. O como aplicación de apotegmas de un libro favorito. O bajo presión de las masas en la calle. O tomando como base informes técnicos de todo tipo, o demandas de grupos interesados, encarpados en torrecillas por los largos anaqueles de la bóveda presidencial. O, en fin, a través de tortuosos pasadizos de enlace, socavados de ida por la ciencia académica o de vuelta por políticos en apuros, entre las solemnes aulas universitarias y los inquietos salones privados del poder estatal. ¿Quién responde de la exacta rigurosidad del saber prescriptivo? ¿Quién osaría poner cascabeles metodológicos y penalizaciones evaluativas trimestrales al locuaz gato discursivo de la política parlamentaria? Durante décadas, el paradigma académico y el paradigma cognitivo estatal han coexistido en convivencia pacífica, sin fundirse ni molestarse, mientras —claro está—, el segundo se permitió financiar al primero, y éste se permitió ignorar las inconsistencias epistemológicas, metodológicas, hermenéuticas y aun retóricas del segundo. En el apogeo estructuralista de la modernidad, sin embargo, el segundo se vistió públicamente con los ropajes del primero (apogeo de la 'estadística' y de las 'ciencias sociales'), pero la embestida de las preguntas mercantiles, el colapso de los grandes relatos y el ocaso imperceptible del Estado han cambiado la situación. Hoy, cuando el paradigma mercantil domina en poblado y despoblado, el saber prescriptivo de los políticos ve deteriorarse su médula cognitiva: el principio de autoridad. Así, ni la divinidad, ni las viejas escrituras, ni la ciencia política, ni las ideologías, ni siquiera la Estadística están en condiciones de hacer creíble lo que ha perdido credibilidad (el paradigma estatal no se basa en la veracidad sino en la credibilidad). Inhibido por la prepotencia mercantil, el Estado ha secado el cordón umbilical que mantenía nutrido a su viejo socio académico, y éste, ahora anémico, es incapaz de ayudarlo a superar sus (peligrosas) 'inhibiciones'. El paradigma cognitivo estatal, discapacitado por naturaleza como saber, ha debido actuar históricamente con la ayuda de prótesis tomadas de otra parte: o de la religión, o de la genialidad o imbecilidad monárquicas, o del poder pragmático del capital, o de la idiotez insobornable de las armas, o de la ciencia académica, confiando siempre, caso a caso, en la 'credibilidad' de la plebe ciudadana. Hoy, cuando el micro-positivismo mercantil ha pulverizado todas las credibilidades en todos los alvéolos ¿en qué cayado puede apoyarse este sempiterno cuanto temible sabio cojo? Por el momento, en el paradigma consultorial; que, como puede comprenderse, no lo salva como paradigma, ya que, más bien, prepara a fiebre lenta su histórica segmentación.

El recuento anterior muestra cuán explicable es el hecho de que los grandes cambios —que hoy recorren como fantasmas no sólo Europa sino todo el planeta— no hayan encontrado parámetros cognitivos suficientemente extensos como para abarcarlos y someterlos a debida detección. Y que, a falta de ellos, sólo los filósofos deconstructivistas —echando mano subrepticia de los prismas proscritos de los 'grandes relatos'— hayan ofrecido un discurso co-extensivo a los cambios de marras. Pues el paradigma consultorial es su misma punta de lanza. Y el académico y el político son sólo los heridos tumbados por la feroz punta del consultorial. Y el deconstructivista, como eco inmóvil del pasado que es, no hace sino contemplar con ojo estético —¿qué otra alternativa tiene?— la belleza de las ruinas que crecieron a sus pies. Es por ello que —parodiando a Bertold Brecht—, en el centro de la marea de cambios, el hombre común no encuentra barcas ante sí, mientras la marea sigue subiendo. Y es por eso que, sobre el islote de

su pie, no le queda más remedio que izar su propio paradigma: el de la plebe ciudadana. El de la gente. El del pueblo mismo. O sea, el del ser, la vida y la sociedad civil. Que, hoy, sin más recurso que sí mismos, deben echarse a «nadar».

d) El paradigma cognitivo de la gente. Políticos, yuppies, generales y tecnócratas son la murga que se precipita a la cabeza del desfile, voceando y apropiándose las 'novedades' y las 'renovaciones' de la época, mientras marchan bajo el palio y los pendones del poder. Los académicos de alcurnia, por su parte, son águilas que guían desde arriba, casi invisibles en la altura. La gente, por el contrario, es el tropel polvoriento del desfile, el cuerpo de densidad lenta que permanece unido, que transporta la sangre y pisa la tierra. Más que saber, vive. Y por su vida, sabe. Tiene un saber que no es ni punta de lanza, ni enclaustramiento sostenido, ni precepto que espera (o impone) credibilidad. Es un saber-sensibilidad y un saber-necesidad; una 'degustación' que acepta o rechaza novedades (de modernización), que escucha o no escucha liturgias de sabiduría (de ciencia), que adhiere o no adhiere a los mandatos (del poder), porque, por sobre todo, es el fiel de la balanza del 'vivir'. Si no es un criterio de verdad, es, sin lugar a dudas, una inapelable prueba de vitalidad, para todo. Por ello, aunque hace preguntas —su certeza son las necesidades epocalmente promediadas del vivir—, conoce de antemano las respuestas. Y por lo mismo, es la capacidad 'degustadora' del pobre más que la del hombre rico la que determina ese promedio epocal, dado que está más cerca de las necesidades naturales del hombre real. Pues el vivir (o 'ser real') de la gente es el contraste permanente entre promedios de necesidad y promedios de satisfacción históricamente vividos y 'degustados' (evaluados). Es un saber que se basa, pues, en una experiencia o memoria históricas, y en una evaluación realizada colectivamente. Debe recordarse que el tropel del desfile avanza *reunido*, más auto-referido de lo que pudiera creerse: conviviendo, conversando, intercambiando experiencias, constituyendo saber a través de una desenclaustrada red de circulación oral y una mutante constelación de representaciones populares. Es por ello que, cuando menos lo espera, la vanguardista murga del desfile descubrirá que sus voces no hallan eco en el tropel de retaguardia, y que éste, peor aun, detiene su marcha por sí y ante sí, para otear —desobedientemente— otras rutas posibles. El saber de la gente, basado en la cotidianeidad y la oralidad, crece, pues, a espaldas —en agazapada invisibilidad trasera— de los palios cognitivos oficiales, pero fuertemente enraizado en la base social, al punto que, en cualquier encrucijada crítica, puede demostrar que tiene mayor poder histórico real sobre las conductas de la gente que los saberes oficiales. Y en materia de poder, ésa es una carta que puede, eventualmente, ser decisiva. Es que esta síntesis de vida, necesidad, degustación evaluativa, convivencia, oralidad, saber y conducta derivada de ese saber, es una síntesis creciente de poder, que termina manifestándose rudamente a través de las conductas colectivas simultáneas de la gente. Un circuito cerrado de retro-alimentación vital que, perfectamente, *puede* auto-potenciarse a niveles mayores. Esta posibilidad es la que, históricamente, ha permitido el surgimiento de los ciclos expansivos de la auto-educación popular o ciudadana. Los actuales cambios y la derivada crisis fragmentaria de los paradigmas cognitivos ha abierto una coyuntura especialmente apropiada para el surgimiento de 'otro' de esos ciclos.

Los grandes cambios han producido un hecho inédito para los últimos mil años: la fragmentación del viejo paradigma único del saber y la creciente potenciación histórica del paradigma cognitivo-conductual del ciudadano raso. La lucha por la hegemonía cognitiva es, en el fondo, la única lucha por el poder que permanece activa en el ocaso de la vieja modernidad y en el orto triunfal del modelo mercantil de sociedad. Pero es evidente que ni el paradigma consultorial (básicamente micro-focalizador), ni el académico (con sus grandes prismas desenfocados), ni el estatal (seducido hoy por el primero) están en condiciones de abarcar y reducir a análisis los grandes cambios que están en desarrollo: son menores que éstos. Sólo el elástico paradigma de la vida (del pobre y del ciudadano) parece tener la flexibilidad y elongación necesarias para esa tarea. Pero, para alcanzar ese record, necesita fortalecerse a sí mismo. Auto-educarse.

V.- Estado, Mercado y Sociedad Civil o el cerco móvil del espacio público

Lo privado, constituido por esas pequeñas rutinas de la vida diaria signadas por la dinámica afectiva, es precisamente el espacio donde, entre telones, se produce lo público.

(L. C. Restrepo)

Se sabe bien en qué se sustenta la auto-educación popular (y ciudadana): en la elasticidad de la vida, en la identidad subjetiva e intersubjetiva que sobreviven a toda represión, en la insobornable experiencia degustadora, en la oralidad circulatoria del saber, en las acciones convergidas espontáneamente, etc. A propósito de todo eso, han surgido y surgen con facilidad instancias y reagrupaciones (espacios y talleres) de reflexión, intercambio, sistematización, orientación etc. que, a la larga, han compuesto las tres cuartas partes, por lo menos, de los movimientos auto-educativos. Que, por esto, con una fuerte legitimidad, han girado regularmente cerca, y muy cerca, de sus fundamentos básicos.

Lo que no se sabe bien es, sin embargo, *hacia dónde* puede desarrollarse ese proceso más allá del perímetro inmediato de sus legítimos fundamentos y *cómo instalarlo* consistentemente en el 'espacio público'. Porque es preciso salir, e ir más allá de los (justos) sentimientos de legitimidad que, con cariño, rodean la herida de las necesidades compartidas. Es preciso montar sistemas de acción que aseguren la satisfacción de esas necesidades y la sana extinción de tales sentimientos. Pero cualquier montaje efectivo de sistemas de acción debe ser realizado en el 'espacio público', pues éste ha devenido en el único espacio de consolidación para cualquier tipo de legitimidad: de autoridad, de subversión, o de simple alteridad. Y esto *debe* ser así, aunque las necesidades, los sentimientos y la acción (o sea, la legitimidad) provengan genealógicamente del espacio privado o comunitario. El problema es que el 'espacio público' ha sido un espacio inestable, traslatorio, elusivo, ancho y ajeno, abierto e inaccesible. Incluso, ha sido un espacio tornasol, de identidad cambiante según quién lo mire: para las murgas de vanguardia, por ejemplo, es el espacio por donde deben marchar los tropeles de retaguardia, o en disciplinado orden normativo, si de Estado se trata; o en cambiantes ordenaciones automáticas, si de lo que se trata es el Mercado. Para los tropeles de retaguardia, en cambio, el 'espacio público' ha sido habitualmente un espacio ocupado, o por las normas del Estado, o por los ajustes del Mercado; como si, por definición, fuere para ellos ajeno, un espacio vedado. Como si, para esos tropeles, el único espacio legítimo no fuera el público sino el privado, social, comunitario o marginal (de pobreza); el que, por añadidura y fama, como las arenas movedizas, no admite construcciones estables. Pues el espacio privado o social —donde brotan las legitimidades—, tanto para los hombres de leyes como para los dirigentes públicos, no es más que un eriazos fronterizo, una suerte de franja ahistórica, donde nada tiene real valor y trascendencia 'pública'. Todo lo de allí, por sí mismo, es anónimo.

Es evidente, sin embargo, que el espacio público ha ganado prominencia y hegemonía porque es el campo de disputa de las privacidades y legitimidades que buscan consolidación. De hecho, se *origina* en la tendencia de éstas a rebasar el perímetro inmediato de sus fundamentos y se *constituye* en la tensión generada por la diversidad de los mismos. Pero no es sólo el 'mercado' de las legitimidades: también es la 'lid' donde se disputan las hegemonías. No es extraño, dado este carácter, que los políticos hayan construido las ilusiones auto-referenciales de la política escamoteando e hipostasiando este espacio, y que los agentes del mercado hayan construido sus ilusiones automatistas perpetrando la misma operación epistemológica. En todo caso, es claro que, así como el espacio público es el campo donde desembocan estrechocadamente las legitimidades privadas, así éstas no pueden definirse de otro modo lógico que como los canales o *avenidas* de descompresión histórica del espacio social privado; es decir, como la dirección de desarrollo natural de los eriazos anónimos donde habita la 'plebe' ciudadana.

El problema, como es fácil constatar, radica en que esas *avenidas* han sido bloqueadas por la sobresaturación política y mercantil del espacio público; tanto, como para producir la pseudo-privatización legal de ese espacio y devolver, una vez y otra, las legitimidades sociales al ostracismo de sus fundamentos. Como para crear allí, en definitiva, una frontera excretal, un reflejo condicionado de inhibición histórica para pobres y ciudadanos rasos. Y como para que la auto-educación popular permanezca rumiando, una y otra vez, obsesiva e inconclusamente, sus sempiternos fundamentos originarios, sin incursionar activamente allende la frontera excretal.

Por todo ello, en Chile, el pobre, la gente, el ciudadano, han sido reiteradamente compulsados a inhibirse ante el espacio público. Pero la cuestión es que, con los recientes grandes cambios, se ha tornado necesario y conveniente, cada vez más, sobrepasar esa inhibición. El problema es cómo. En qué coyuntura o circunstancia.

Es preciso, en primer lugar, examinar el comportamiento histórico del espacio público, no su deber ser filosófico. Y la historia enseña, a este respecto, un hecho de gran relevancia: el espacio público no está consolidado sobre sí mismo; pues, más bien, es un campo de disputa. En sí mismo, es tierra de nadie, sin fronteras, apenas cartografiable por un cerco corredizo y portátil, llevado de aquí para allá por las fuerzas en disputa. Naturalmente, es posible, a propósito de él, elaborar docenas de definiciones jurídicas, teóricas, políticas o filosóficas, pero, en los hechos mismos, es y ha sido un campo tensional *inestructurado*, sujeto al vaivén de los combates históricos de dirección diversa que allí tienen lugar. ¿Es posible, si no inventariar sus coordenadas fijas, al menos cartografiar la traslación típica de sus cercos móviles?

El recuento histórico enseña que, predominantemente, el cerco móvil ha sido corrido por el Estado en desmedro del terreno controlado por el Mercado, o ha sido desplazado por éste reduciendo el espacio controlado por aquél. Sólo de modo ocasional, por reventón (o *razzia*) puntual más bien que por sostenida estrategia global, la masa ciudadana —deportada perpetuamente al espacio privado— ha removido por sí misma ese cerco; razón por la que no puede ser seriamente considerada como factor relevante en un recuento tipificador. Lo habitual ha sido una confrontación pendular entre el poder regulador del Estado y el poder desregulador del Mercado.

Se observa, en efecto, que todas las formas de autocratismo (liberal o populista) y de burocratismo (social-democracia, socialismo real o nacional-populismo) han involucrado una fuerte centralización normativizante del poder ordenador y modernizador; el que, hiperactivado, ha inundado el espacio público con una verdadera avalancha de decretos, leyes y reglamentos. Con ello, tanto las conductas liberales del Mercado como las avenidas históricas de las Legitimidad han sido bloqueadas, recortadas y subyugadas a múltiples paquetes normativo-penalizadores. La hipertrofia y hegemonía de las normas políticas ha estado acompañada regularmente por la sofocación, desconocimiento y subordinación de las 'leyes del Mercado' y por una notoria atrofia de los movimientos autónomos de la ciudadanía.

A la inversa, se observa también que todas las formas de mercantilismo liberal (democrático o no) han significado un notorio repliegue del Estado a posiciones mínimas (mera supervisión policial de las leyes de Mercado) y un recorte sustancial de su otrora extensa capa de tejidos normativos (desregulación). En estos casos, la presión directa de las normas escritas sobre cada conducta y cada iniciativa han disminuido, pero han aumentado en cambio las presiones indirectas y no escritas del Mercado.

¿Qué diferencias significativas existen, para la masa ciudadana, entre uno y otro tipo de hegemonía sobre el espacio público? A primera vista, puede decirse que, en ambos casos, se dan presiones significativas sobre la masa ciudadana, pero que, mientras la presión 'política' indica taxativa y coactivamente lo que se debe hacer, la presión 'mercantil', aunque coactiva, no es taxativa, y deja al sujeto un margen de libre decisión y, por tanto, de libre reflexión. Es decir, la desregulación liberal instala, en los sujetos, una necesidad extra de ponderar e informar más específicamente su (¿libre?) capacidad decisoria. En otras palabras, acrecienta su responsabilidad aumentando sus riesgos, y esto exige de su parte una mayor introspección y una mayor preparación de sus decisiones.

Puede colegirse de lo anterior que, en un ciclo de hegemonía liberal, los sujetos, la masa ciudadana y la sociedad civil se hallan en una posición histórica tal, que son inducidos a plantearse la auto-educación de su capacidad autónoma de acción, estimulados por el hecho de que las avenidas hacia el espacio público aparecen, en este caso, menos rigurosamente vigiladas y, por tanto, más roturables para un avance pionero de los grupos privados. Como si, ante ellos, aparecieran huellas pre-históricas, visibles por la mayor transparencia liberal, que —no sin trabajo— podrían caminar de nuevo. Reabriendo para los pobres, los ciudadanos y la sociedad civil no sólo un acceso propio al escurridizo espacio público, sino también la posibilidad de convertirse en el *tercer poder* capaz de trasladar, en una dirección conveniente (social), el estratégico cerco móvil de ese espacio.

¿Cómo es posible, desde una legitimidad 'social' (no política ni mercantil), instalarse en el espacio público con conceptos y poderes fácticos capaces no sólo de competir sino también de forzar la relocalización, en ese espacio, de los poderes del Estado y del Mercado, que tradicionalmente lo han monopolizado? ¿Cómo se traza la avenida desde lo privado y comunitario hasta lo público? ¿Cómo la auto-educación popular y ciudadana prepara y capacita para ese tránsito? ¿Cómo se construye el 'tercer poder' de manipulación sobre el cerco móvil?

Cuando el Estado, por la fuerza del oleaje político, extiende su manto normativo por sobre las áreas de intercambio mercantil y de vida comunitaria, sofocándolas, entonces la modernización se identifica con valores globales como la legalidad, la representatividad, la planificación, el nacionalismo y la gobernabilidad. Políticos, dirigentes y burócratas se esfuerzan entonces por sostener la coherencia de un discurso totalizador y mantener el (difícil) macro-equilibrio real de todos esos valores. Pero a la inversa, cuando, por la fuerza del oleaje mercantil, el Estado se repliega sobre sí mismo (modelo neoliberal), la modernización no llega a identificarse necesaria y simultáneamente con esos valores globales: la legalidad se encoge a mínimos indispensables, la representatividad tiende a ser devaluada, la planificación central se abandona, el nacionalismo es subrepticamente sustituido por el internacionalismo, y la gobernabilidad desde un centro es reemplazada por la gobernabilidad descentralizada. Es evidente que, tras la retirada del Estado, queda un terreno despejado para la expansión de la (libre) competencia entre las decisiones *privadas* del Mercado y de la Sociedad Civil. ¿Son similares ambos tipos de decisión privada?

En un sentido, sí: ambas se expanden desreguladamente cuando se repliega el Estado. Pero en otro sentido, no, porque la expansión de las decisiones privadas del Mercado han producido, históricamente, un aumento de la presión económica sobre la mayoría de los sujetos de la Sociedad Civil (aumenta la pobreza y la inseguridad, por ejemplo) y un ensanchamiento de las brechas sociales, todo lo cual ha terminado por reavivar los sentimientos fundantes de nuevas legitimidades críticas. Se observa, por tanto, que ambos tipos de decisión, durante el repliegue (o la «transición») del Estado, camuflan su contradicción porque, en su expansión simultánea, una va como superpuesta sobre la otra; pero no bien el proceso económico liberal ha avanzado por sí mismo en terreno libre, la contradicción reaflore, y las trayectorias de esas decisiones se bifurcan. De modo que su instalación en el espacio civil es, en definitiva, históricamente distinta. En todo caso, es el poder mercantil el que llega primero a correr el cerco móvil y el que impone primero sus 'ordenaciones automáticas'. Este es un hecho que habitualmente torna más difícil para la masa popular y ciudadana visualizar, entre los restos de la regulación estatal y las ubicuas ordenaciones mercantiles, la identidad y lógica de su propia instalación. Y esto forma parte de sus diferencias y de su tensión.

Con todo, la hegemonía mercantil ha solido ejercerse sosteniéndose más en la clara explicitación de sus oposiciones (o negaciones) que en la de sus afirmaciones. Es un juego sin alma, que apuesta todas sus cartas a la debilidad del adversario pero ninguna a las fortalezas del juego propio. En esto radica, como veremos, tanto su fuerza como su mayor debilidad. Así, por ejemplo, se observa que el poder mercantil sostiene siempre, aun después del repliegue estatal, un discurso anti-estatista, pero, al mismo tiempo, no promueve el fortalecimiento de la sociedad civil. Actúa como un vigilante crítico de los errores y la eventual corrupción de los elencos político-representativos, pero no promueve la validación de las legitimidades sociales ni la efectiva participación ciudadana en las decisiones públicas. Exige la descentralización del Estado, pero no apoya la democratización eficiente de los gobiernos locales. Demanda capacitación técnica para todos, pero no promueve la formación cívica de la ciudadanía. En suma, ayuda a despejar apropiadamente el terreno para la instalación de un fuerte espacio público, pero no fortalece el poder ciudadano que lo sustente. En rigor, en el modelo mercantil, el problema del orden público, la gobernabilidad, el desarrollo y la democratización quedan sujetos, tácita pero exclusivamente, a las decisiones privadas atingentes a la inversión del capital, las que —se supone—, por transmisión automática, deberían producir un efecto combinado óptimo para la realización de todos esos valores; pero, como se sabe, si por error u omisión no se alcanza ese efecto, la combinación se salvaría, también, por otra apuesta negativa: la intervención represiva del aparato policial (o militar), no por la intervención soberana de la sociedad civil.

Se puede ver que el poder mercantil, si bien se declara contrario a la hegemonía estatal, no por ello actúa como aliado de la sociedad civil. Sin embargo, su tipo de expansión histórica crea condiciones y abre caminos óptimos para la revitalización de la sociedad civil. Es decir, para el fortalecimiento de su propia contradicción. Y no es raro ver cómo, en ciclos avanzados del sistema mercantil, y estando replegado el poder estatal, las masas populares y ciudadanas tienden a avanzar siguiendo exactamente el ramal tácito y atrofiado del discurso liberal. A saber: promoverán el fortalecimiento de la sociedad civil, la participación ciudadana, la democratización de los gobiernos locales, la formación cívica de la ciudadanía, etc; convergiendo hacia el desarrollo neto de un *poder ciudadano*. Esta manera social de acceder al espacio público conduce a imponer un modelo distinto —sociocrático— de gobernabilidad. Tan distinto, que amerita una mayor precisión conceptual.

La gobernabilidad, desde el punto de vista del Estado, como se sabe, se funda en la representatividad y en la validación de las normas escritas. Por otro lado, desde el punto de vista del Mercado, la gobernabilidad sigue descansando, en términos formales, en el Estado, pero, en sustancia, lo hace sobre un tipo específico de decisión privada (la inversión eficiente del capital). En cambio, la gobernabilidad lograda por la acción ciudadana (Sociedad Civil), aunque no desconoce ni la existencia del Estado ni la del Mercado, no se sustenta en la representatividad, sino en la legitimidad; no en la validez de la norma escrita, sino en el ejercicio (privado, pero participativo) de la soberanía ciudadana, y no en la libre decisión privada referente a la inversión del capital, sino en la orientación social de la misma. En rigor, se trata de un tipo de gobernabilidad democrática distinta a las tradicionales (de Estado y de Mercado); tanto, que es preciso concederle un nombre y un concepto que puedan recoger esa diferencia. Por esto, algunos investigadores, apreciando esa necesidad, no se refieren a ella como 'gobernabilidad', sino como «gobernanza».⁴

La 'gobernanza' es, pues, el modo ciudadano y popular de acceder y ordenar legítimamente el espacio público; el que, sin embargo, deja subsistiendo, como alta cúpula, la carcasa formal (replegada) del Estado, y entretejida en la sociedad civil, las ordenaciones automáticas (controladas) del Mercado. La «gobernanza» no es, por tanto, una *ocupación* unilateral, monopólica y excluyente del espacio público, sino una efectiva *constitución* del mismo. Presupone, pues, la consolidación de una institucionalidad intermedia, que, dentro de una cierta paridad incorporativa del Estado, el Mercado y la Sociedad Civil, otorga a esta última el poder de supervisión y orientación global del conjunto. Es decir: establece la primacía estructural e histórica del paradigma cognitivo de la gente y del ciudadano.

La «gobernanza», sin duda, requiere fortalecer aquellas instituciones que permitan estructuralmente maximizar la participación ciudadana, y aquel tipo de educación que permita potenciar las capacidades decisorias y administrativas de todos, en especial, del bajo pueblo. Se trata, por un lado, de fortalecer los gobiernos locales en un triple sentido: para sustituir con ventaja al gobierno central, para permitir un efectivo ejercicio del poder ciudadano, y para imponer al gran capital la lógica y valores sociales de las grandes mayorías. Esto obliga a desencadenar cambios significativos en el interior mismo de los 'grandes procesos de cambio' (que hoy han perdido su significabilidad social), pues es preciso transformar la escala y sentido de la política, las proyecciones históricas de la comunidad local, y el impacto social y cultural del expansionismo mercantil.

Por otro lado, se trata de re proyectar las instancias de auto-educación popular exactamente en el sentido de capacitar a los ciudadanos para que provoquen, por su propia decisión y su propia acción, cambios significativos dentro de los cambios sin significación que hoy los afectan. Lo cual, sin duda, requiere ir más allá de los fundamentos giratorios que avalan sus sentimientos de legitimidad, ya que lo que se necesita es roturar el camino que lleva a consolidar un verdadero espacio público, en los términos que indica el concepto (nuevo) de «gobernanza».

4

A. Leftwich: «Governance, democracy and Development in the Third World», *Third World Quarterly*, 14:3 (1993) y A. Rodríguez & L. Winchester: «Ciudad, democracia y gobernanza en América Latina» (Manuscrito, 1995).

VI.- Para una educación participativa y hacia el poder ciudadano

El poder sólo es realidad donde palabra y acto no se han separado... donde la palabra no se usa para velar intenciones sino para descubrir realidades, y los actos no se usan para violar y destruir sino para establecer relaciones y crear nuevas realidades... El poder surge entre los hombres cuando actúan juntos y desaparece en el momento en que se dispersan... Sólo donde los hombres viven tan unidos que las potencialidades de la acción están siempre presentes, el poder puede permanecer con ellos, y la fundación de ciudades, que como las ciudades-estado sigue siendo modelo para toda organización política occidental, es por lo tanto el más importante prerequisite material del poder.

Hannah Arendt

El objetivo principal de la auto-educación popular es crear y desarrollar poder ciudadano. Es construir y fortalecer el espacio público e imponer, desde él, por sobre la 'governabilidad' estatista o mercantil, la 'governanza' social. Es por ello que:

1) Debe investigar, estudiar y dar a conocer todas las formas sociales (populares) de 'estar juntos', 'hablar juntos' y 'actuar juntos'. La historia social muestra la enorme cantidad y variedad de parejas, grupos, redes, asociaciones y corporaciones sociales que pululan al interior del espacio privado, vecinal o comunitario. Es a través de esas 'agrupaciones espontáneas' que se realiza la vida, se degusta la realidad, se constituye la memoria oral y circula el paradigma cognitivo de la gente. Son ellas la matriz germinal de las imprevistas movilizaciones de resistencia o de las temibles incursiones populares en el espacio público. Tanto el Estado como el Mercado tienden a ignorar y devaluar esas micro-asociaciones, tratando, el Estado, de embutirlas en organizaciones de personería jurídica estereotipada, además de fragmentarlas bajo un compulsivo sistema electoral de soberanía individuada; y el Mercado, de disolverlas en las típicas figuras desocializadas del trabajador y del consumidor individuados. En general, ambos sistemas han construido sus hegemonías desintegrando el carácter social y comunal de la soberanía, reduciéndola al opcionalismo (¿libre?) del sujeto individual. La educación popular necesita valorar las asociaciones espontáneas de la gente y recuperar para ellas el carácter social-colectivo de la soberanía. Necesita, pues, reunir la legitimidad y el poder.

2) Debe promover, entre los pobres y todos los ciudadanos, la ética (el hábito) de unir la palabra y la acción. El único modo de conseguir eso es valorando el saber de la gente; es decir, el paradigma cognitivo basado en la experiencia de todos y en la circulación oral de los recuerdos. Pues ése es el lenguaje de la realidad, la identidad y la comunidad, simultáneamente; la única palabra capaz de vincular orgánicamente autenticidad y motividad; es decir: la única capaz de generar certezas para la acción. Sin embargo, aunque el saber de la gente es legítimo, es también un saber latente, demasiado suspendido en la memoria o las palabras, y demasiado aherrojado al espacio privado. Y es por esto que necesita ser 'bajado' o 'sacado' a la acción. Y no a cualquiera acción, sino a aquellas que enfilen su tranco hacia el control del espacio público. Pero 'bajar' o 'sacar' el saber popular no significa 'aplicarlo' sin más, sino 'potenciarlo' por medio de perfeccionar sus fuentes productivas, sus percepciones o representaciones, su circulación y verbalización, su proyección totalizante, su capacidad para convertirse en actos y, sobre todo, su avance real por las avenidas del espacio público. Es evidente que este tipo de saber sólo puede ser perfeccionado colectivamente (se requiere estar juntos), puesto que 'es' colectivo, y porque la permanencia del colectivo es una condición indispensable para la creación del poder ciudadano. Pues el respeto a la colectividad del saber es el fundamento que asegura tanto la participación como, por lo tanto, la estratégica mantención de la unidad colectiva.

3) Debe inducir a las micro-asociaciones naturales a 'actuar' públicamente su identidad, su sentir, sus evaluaciones, sus necesidades, sus propensiones. Las parejas, por ejemplo, experimentan más intensamente que nadie las bondades y dificultades del vivir, pero a sus testimonios no se les da ni acogida ni validez públicas (salvo en la «prensa amarilla»), por lo que permanecen vegetando en penumbras, anónimas, relegadas a la zona tabú de la 'privacidad doméstica'. Los grupos de esquina, por su

parte, hierven con miríadas de experiencias, degustaciones límites y propensiones a la acción directa, pero pesa sobre ellos el antisocial rótulo de 'privacidad sospechosa'. Los clubes de barrio, por su parte, que, por carambola, han heredado y concentrado residual y compensatoriamente todo lo que pudo ser (y no fue) energía pública y comunitaria e identidad y participación, se les arrumba, sin embargo, en el último rincón del espacio público, por ser un anodino 'espacio privado de entretención'. Y sin embargo, parejas, grupos y clubes —entre otros— son espacios donde los pobres y los ciudadanos 'están juntos'; donde la palabra se une casi siempre con la acción; donde el espacio, aunque mínimo, es sustantivamente social (público); donde, en definitiva, yace, adormecido, cuasi drogado, su poder. No es necesario, según se aprecia, devanarse los sesos inventando nuevas asociaciones para crear poder, o reactualizar obsesivamente organizaciones muertas, puesto que esas asociaciones, como el poder que está larvado en ellas, ya existen. Están allí. Sólo que inhibidas por la ocupación política o mercantil del espacio público y por la devaluación ominosa de los colectivos y paradigmas cognitivos de la gente. La auto-educación popular debe inducir los colectivos adormecidos por la privacidad a incursionar en el espacio público, a actuar con sentido de poder y a transformar su sentir en realidad. Es decir, debe inducirlos a correr por sus propios medios los cercos móviles que permiten consolidar la legitimidad.

4) Debe dejar perfectamente en claro que la educación popular y ciudadana se propone tareas y objetivos que tienen un definitivo y rotundo carácter histórico y político. Que se plantea en una línea tensional —pero no necesariamente antagónica— respecto del centralismo estatista tanto como del descentralismo mercantil, y en una línea de identificación plena con los movimientos de la sociedad civil. No hay que llamarse a engaño a este respecto. Ni temer lo que ello significa. Ni empequeñecer lo que definitivamente es una tarea mayor. La situación global planteada por los grandes cambios (insignificados) que hoy están en marcha, no admite ya estrategias ciudadanas de tímida legitimidad o estática identidad, o de pura condescendencia con los grandes poderes que han copado el espacio público. A fines del siglo XX, la historia es suficientemente categórica en señalar que las soluciones estatistas y mercantilistas no han resuelto ni el problema de la pobreza ni el problema de la participación, dos heridas especialmente lesivas para la sociedad civil, que ésta, ahora por sí misma —no hay otra alternativa—, deberá cicatrizar. Esto no significa reeditar las catastrofistas odiseas revolucionarias del siglo XX ni los teleológicos macro-relatos de liberación, pero sí promover, dentro de los actuales desocializados grandes cambios, procesos definidos por una categórica participación social y ciudadana, dado que sólo ese tipo de participación puede asegurar la humanización de los grandes cambios. De lo contrario, la retórica deconstructiva de la filosofía hoy dominante terminará, en complicidad con el poder mercantil, consumando la efectiva deconstrucción del ciudadano. Es decir, la deconstrucción misma de la dignidad histórica de la humanidad.

5) Debe incentivar un eficiente aprovechamiento de cada coyuntura. Como ya se dijo, la hegemonía mercantil y el receso del estatismo están proporcionando, de hecho, una estratégica oportunidad histórica para la movilización ciudadana. Y esto significa que todas las coyunturas provocadas por esa hegemonía pueden y deber ser utilizadas para ensanchar la avenida popular hacia el control del espacio público. La «gobernanza» no es un objetivo ideológico sino una lógica orientadora de un movimiento social de ciudadanos (diferente a los movimientos sociales atados a una rígida identidad estructural) que, en lo mínimo, es un fortalecimiento de asociaciones espontáneas, en lo medio, la articulación de redes intergrupales que constituyan el espacio comunitario, y en lo mayor, es la instalación u ocupación de posiciones de poder en el espacio público.⁵ Las coyunturas se ordenan procesalmente desde el interior del espacio social privado (bajo poder ciudadano) hasta el interior del espacio público ocupado (bajo poder mercantil). El manejo de las coyunturas públicas requiere una conveniente investigación y conocimiento del modo mercantil de ocupar política e institucionalmente el espacio público. Se sabe que allí está su talón de Aquiles. Pues, como se dijo, postula la descentralización (por lo que introduce espacios institucionales de ese tipo, como la mayor autonomía de municipios y gobiernos regionales, además de los estratégicos consejos económico-sociales, por ejemplo) sin consolidar la

⁵

J. Friedman & M. Salguero: «The Barrio Economy and Collective Self-Empowerment in Latin America», *Comparative Urban and Community Research*, 1988.

participación. Crea nichos de poder que no llena. Es por ello que el avance ciudadano puede practicarse siguiendo la ruta salpicada por esos nichos, ocupando lo no ocupado, pero *a condición* de que esa marcha se realice con las asociaciones que la misma masa ciudadana ha criado y mantenido en su largo exilio en la privacidad. Ningún otro tipo de asociación —la legalmente instituida, por ejemplo— puede asegurar la permanente reproducción del colectivo básico, del saber básico y del poder básico de la ciudadanía. Sin esta seguridad, el movimiento se diluiría a medio camino. Por ello, por ejemplo, la ocupación y potenciación popular de los CESCOS —hito indispensable en el avance— no puede lograrse convocando a la gente desde la lógica del CESCO (es de naturaleza legal y mercantil) sino potenciando el avance desde las asociaciones espontáneas de la base (donde radica el poder ciudadano). Sólo esa potenciación puede, a su vez, potenciar —reformando— los nichos vacíos del poder descentralizado. De este modo, el gran tema coyuntural de la educación popular ciudadana en Chile es, hoy, el problema de la 'participación', que se extiende desde el espacio social privado hasta el comunal público, con un giro que tiende a anudarse en torno al espacio (vacante) de los CESCOS. Pero nada de esto tiene pleno sentido práctico si no se le conecta al problema (mayor) de controlar el espacio público comunal, y al gran problema (final) de refundar desde abajo los poderes del Mercado y del Estado. La Sociedad Civil, una vez comprendida su tarea, no puede detenerse a medio camino ni arriesgar otra catástrofe deconstructiva y designificante. Por esto, el tema de la identidad no se constituye integralmente, para ella, mientras no incorpore participativamente todo el amplio territorio implicado en sus legitimidades, palabras y actos.

VII.- De las metodologías ciudadanas

Hay una vieja certeza en la memoria histórica de los pueblos, que reza: 'los sistemas sociales dominantes no se reforman a sí mismos', y con mayor razón: «no pasarán sus cadáveres frente a tu puerta».

Se deduce de la misma certeza que la reforma de los sistemas debe ser forzada, en cierto sentido, desde fuera de ellos mismos. Ahora bien ¿qué es lo que define lo que está dentro y fuera de un sistema social? Políticos, militares e intelectuales oficialistas se apresuran a decir que no hay dentro-fuera porque todos, por mercado o por estado, están dentro. Pero en la experiencia de los pueblos hay otra certeza: se sabe que, *dentro* del sistema, hay fronteras, líneas discriminatorias, espacios-dentro y espacios-fuera; por ejemplo: el persistente bloqueo que impide que los pobres y ciudadanos rasos participen decisoriamente en el espacio público. Se sabe también que las reformas implementadas desde dentro del sistema las han realizado siempre, en exclusiva, o políticos, o generales, o capitalistas (o el Estado o el Mercado); reformas que, en todos los casos, han reenviado la sociedad civil al nicho hermético de su espacio individuado y privado. De modo que no ha habido reales cambios en este peculiar juego de adentro-fuera. La frontera persiste.

Se puede decir, pues, que el poder de cambio que puede operar desde 'fuera' del sistema dominante no tiene que ser un improbable Robinson a-político y a-mercantil, sino, simplemente, *el bajo fondo de autonomía crítica y accional* que existe en todo ciudadano verdaderamente vivo. No hay que dejarse impresionar por la siempre astuta retórica del poder formal. Es ésta una cuestión demasiado fundamental para dejarse llevar por el conformismo.

Pero también es cierto que el sistema dominante hace una gran zalagarda —tiene muchos medios electrónicos para ello—, no sólo para funcionar, sino también, y sobre todo, para informar públicamente de la (inminente) recomposición de sus eventuales desajustes anatómicos y fisiológicos. Ese bullicio es tan endémico que impide a los ciudadanos y a los pobres escuchar con fidelidad las voces e impulsos que suben de sus respectivos 'fondos de autonomía'. Ensordecidos, han perdido la facultad de escucharse a sí mismos. Ni han sido educados para atender, simultánea y dialécticamente, los desajustes del sistema en contrapunto con sus voces profundas. Se les ha preparado para ser extravertidos, siempre atentos a la proclama de normas públicas y al dictado de decisiones políticas, pero no para autogestionar movimientos ciudadanos capaces de rectificar de verdad las bajas performances del Mercado, del Estado y de la propia Educación. Y mucho menos se les ha enseñado a superar sus repetidas depresiones accionales —apatía, individuación, consumismo, drogadicción, intimismo inmovilista, etc.—, que aparecen justo cuando se

dan, al mismo tiempo, notorios desajustes sistémicos y sordera hacia las voces interiores. La contaminación acústica estructural de los sistemas dominantes ha impedido, en suma, la sana maduración de la ciudadanía.

Las metodologías ciudadanas, al revés de las metodologías punta-de-lanza (clavadas en un presente-abismo) y de las metodologías académicas (clavadas a un código intemporal), escuchan la memoria colectiva del pasado, hablan la experiencia crítica del presente y actúan construyendo el futuro de la legitimidad. Une las voces interiores del 'fondo de autonomía crítica' de todos con la degustación colectiva de las coyunturas sistémicas, y con la acción que brota del saber social de la vida. Las metodologías ciudadanas unen la introspección, la inter-sensibilidad y la acción colectiva; es decir, los componentes básicos del poder. Sólo si ellas logran perfeccionar esos componentes se podrá, de una lado, cartografiar el espacio a ocupar por el movimiento, y de otro, potenciar la eficiencia de ejecución de la legitimidad propia.

PROVIDENCIA, diciembre de 1995 - enero de 1996